

Pero más que todo esto es digna de admiración su profunda humildad. ¿Qué Santo hay que haya sido más favorecido del cielo, y más respetado de los hombres? Pues, como dice Evagrio, de todas las partes del mundo venian á verle, y no sólo los Romanos, sino las naciones más bárbaras y remotas venian á tributar homenaje á su santidad y á encomendarse á sus oraciones, que nunca dejaban de ser eficaces. Sin embargo, se consideraba como nada á sus propios ojos, y se tenia por un gran pecador. Léjos de atribuir á sus méritos los dones celestiales que habia recibido, y de sentir algún movimiento de satisfacción por las alabanzas que de él se hacían, se olvidaba enteramente de sí mismo, y no se ocupaba más que de alabar á Dios, y de que los demás le glorificasen.

No supo hacer otra cosa durante su vida, y de aquí se deduce cuán preciosa debió ser su muerte á los ojos del Señor. Ya hemos dicho que estuvo en la casa de sus padres hasta la edad de cinco años: que á la de siete subió á una pequeña columna levantada al lado de la del abad Juan, en la que estuvo seis años. Vivió ocho en la segunda, que tenia cuarenta pies de altura, y diez en la torre de la montaña, y por último, cuarenta y cinco sobre otra columna más elevada y situada en la misma montaña, que forman un total de setenta y tres años, que fué el tiempo de su vida. Cuando llegó á esta edad, se le apareció el ángel de su guarda, anunciándole la proximidad de su fin.

Acabamos de decir, que, según Evagrio, se alimentó durante algún tiempo de plantas silvestres; pero apercibiéndose sus discípulos que no les pedia nada para comer, no concebían como pudiera vivir. Más cuando el espíritu celestial le anunció su próxima muerte, los reunió á todos participándole la noticia. No pudieron oirla sin experimentar vivísimo dolor, y les hizo una larga y caritativa exhortación sobre la observancia de los preceptos divinos, sobre

la caridad con que debían amarse unos á otros, sobre el amor del prójimo, sobre la fidelidad con que debían combatir las tentaciones, y sobre otros importantes puntos de la perfección cristiana.

Conociendo que tenían grande deseo de saber como habia podido vivir tanto tiempo sin tomar alimento, les habló de esta manera. « Yo no puedo ocultaros, mis carísimos hermanos é hijos, lo que deseais saber de mí, aunque no me hayais manifestado expresamente este deseo. Vosotros sabéis que el Señor me ha dispensado muchos beneficios desde mi niñez, y hacía mucho tiempo que yo le pedía con instancia que me librase de la necesidad de comer. ¡ Ay! Señor mio Jesucristo, ¿ podré yo ensalzar suficientemente las misericordias que habeis dispensado á vuestro siervo? Un dia me pareció ver descender á través de los aires á un personaje venerable revestido con ornamentos sacerdotales, rodeado de una nube de luz, y teniendo en sus manos un vaso sagrado. Cuando llegó á mí, abrió este vaso: no sé lo que contenía; pero ello es que, dándomelo á beber, sentí una cosa tan celestial, que no puedo expresar, y al mismo tiempo era su contenido tan confortante, que pude pasar la semana siguiente sin tomar alimento alguno. Desde este tiempo me se ha aparecido este personaje todas las semanas despues de la celebración de la santa Misa, y me ha favorecido con el mismo alimento celestial. Os he ocultado este señalado favor del Altísimo hasta ahora; pero os tengo que abandonar, y debo ya revelaros este secreto, por lo mismo que os amo con toda la ternura de mi corazón. Por otra parte, vosotros sois testigos de toda mi vida, puesto que conmigo habeis compartido todos los combates que hemos tenido que sostener contra los enemigos de nuestra salvación, y que todos hemos marchado en mútua caridad por el camino de los preceptos del Señor. »

« Ahora bién, si por los desvelos con que he procurado



dirigiros santamente soy merecedor de alguna recompensa, yo no os pido otra que la fidelidad en observar las reglas que os he prescrito. Continudad despues de mi muerte portándoos como lo habeis hecho en vida. Obrad y hablad de la misma manera que si yo estuviese entre vosotros, y para que no molestaros con muchas recomendaciones, recordad que vendrá un dia en que todos hemos de comparecer ante el juez soberano, que hará públicas todas nuestras obras, dando á cada cual el premio ó castigo que por ellas hubiese merecido.

Hízoles algunas otras recomendaciones, y diez dias despues de la revelación que habia tenido por medio del ángel, ó sea el 24 de mayo, despues de cantar con los religiosos el oficio de la tarde, y de hacer otras oraciones prescritas por la regla, entregó amorosamente su alma en manos del Señor, como invitado por su infinita bondad á que gozase de su gloria, por que tanto habia suspirado, y á que le contemplase, no á través de los velos de la fé, sino frente á frente.

Dice Evagrio que, cuando supo que el Santo estaba próximo á morir, fué á dar aviso al patriarca de Antioquía, que era á la sazón Gregorio, el cual se apresuró á darle el último ósculo de paz, si bién no llegó á tiempo. Los continuadores de Bolando ponen su muerte en el año 596, y como entónces tenia setenta y dos, se sigue que nació en 520. Durante su vida ocuparon el trono cinco emperadores, que fueron Justino el Viejo, Justiniano, Justino el Joven, Tiberio II y Mauricio. Bulteau opina que murió hacia el año 592; pero Baillet, que lo cita, no le ha seguido en este punto. Nicéforo Urano dice que las reliquias del Santo fueron origen de innumerables prodigios, no solamente para curar las enfermedades del cuerpo, sino principalmente las del alma. Los griegos celebran con grande solemnidad su fiesta el 24 de máyo, y Baronio

la asigna en el Martirologio Romano al 3 de setiembre.

A continuación hablaremos de algunos otros Estilitas, porque lo que de ellos sabemos no es suficiente para formar un capítulo. Cerca de cincuenta años ántes de san Simeón el jóven, cuando san Efrén era patriarca de Antioquía, habia cerca de la ciudad de Hierópolis un solitario que vivia sobre una columna, pero que desgraciadamente se habia dejado seducir por los sectarios de la heregía de Severo, y rechazaba el concilio de Calcedonia. Compadecido Efrén de su error, fué á buscarle, y despues de reprenderle, le exhortó á que volviese á la comunión de la Iglesia. Pero como la heregía suele ir acompañada de la soberbia, no escapó este solitario de la ley ordinaria, como lo dió á entender en su respuesta: « No puedo comunicar, dijo, con los que admiten el concilio de Calcedonia. — ¿ Como, pues, quereis, replicó san Efrén, que cure vuestra alma, y que satisfaga por vos á Jesucristo, cuando la santa Iglesia, que no puede tener mancha, resiste y rechaza la de la herejía? »

Creyendo el solitario llenarle de admiración, le dijo: « Encended una gran hoguera; los dos nos arrojaremos á ella, y aquel que quede incólume será el que profese la verdadera fé. — Deberiais, hijo mio, contestó Efrén, obedecerme como á padre vuestro que soy, sin exigirme que haga un milagro. Pero aún cuando soy un grau pecador, confio en la misericordia divina, y por procurar vuestra salvación, voy á hacer lo que me proponeis. Bendito sea Dios, añadió dirigiéndose á todos los que se hallaban presentes: traed la leña. La encendió delante de la columna, é invitó al solitario á que bajase de ella, para arrojarse ambos al fuego. Pero resistiéndose el Estilita, el patriarca le echó en cara el no querer cumplir lo que habia prometido, y tomando al mismo tiempo su estola, la arrojó al fuego, del cual salió ilesa al cabo de tres horas, y cuando



ya toda la teña se habia consumido. Este prodigio convirtió al estilita, que se separó de Severo y de su herejía, y volvió al seno de la Iglesia, recibiendo la sagrada Comunión de manos del patriarca, y dando gracias á Jesucristo.

Habia también otros dos Estilitas en Cilicia, el uno llamado Simeón, cerca de la ciudad de Egea, y el otro llamado Juliano, que vivia á cuarenta millas del anterior. Juliano tenia discípulos, por la cual es de creer que su columna estuviese dentro del recinto del monasterio. Era sacerdote, y dijo un día á sus discípulos : « Poned perfumes en el turíbulo. » Extrañaron esta orden, porque la daba fuera de la hora acostumbrada, y le preguntaron la causa. « Es, respondió, que mi hermano Simeón acaba de morir á consecuencia de un rayo, y su alma sube gozosa al cielo. » Como los griegos reconocen á tres santos estilitas que llevaron el nombre de Simeón, siendo uno de ellos el primer Estilita, y el segundo Simeón el jóven, de creer es que este herido de muerte por un rayo sea el que celebran el 26 de julio con el carácter de sacerdote y de abad.

En cuanto á Juliano, el abad Estéban, superior del monasterio de san Sábás, referia á Juan Mosch, que habia en un terreno inmediato á su columna un león furioso que habia causado muchas víctimas, y deseando este anciano poner término á estas desgracias, llamó á uno de sus discípulos llamado Pancracio, y le dijo : « Busca el león que se halla á dos mil pasos de aquí : le encontrarás acostado, y le dirás : El humilde Juliano te ordena en nombre de Jesucristo que salgas de la provincia. » Ejecutó Pancracio el mandato de su superior, y tan luego como le comunicó la orden de éste, se retiró dócilmente el furioso animal, y no volvió á verse más.

Juán Mosch hace mención de otro milagro que le refirió Ciriaco, discípulo del mismo abad Juliano. « Me hallaba, le dijo Ciriaco, molestado por una enfermedad, sin en-

contrar remedio alguno en lo humano, y entónces mi padre y sus hermanos me presentaron al santo abad, el cual oró por mí, y al punto quedé curado. Este prodigio nos determinó á los tres á renunciar al mundo y á ponernos bajo su dirección. A mi padre encomendó el cuidado del trigo necesario para el sustento de los religiosos. Un dia vino á decirle que no quedaba ya trigo : « Id al granero, le dijo, y reunid el que sea posible para hoy, y para mañana Dios proveerá. » Mi padre que sabia que no habia quedado ninguno, en vez de hacer lo que se le habia mandado, se retiró á su celda triste y pensativo ; pero el Santo le llamó de nuevo, y le dijo con dulzura : « Hermano Conón, pues este era su nombre, id, tomad todo el trigo que encontréis, y preparad lo que sea necesario para que coman los religiosos. » — No dejó de molestar esta orden á Conón ; así es que tomó las llaves con intención de reunir el polvo que hubiese en el granero, y llevárselo ; pero quedó sorprendido cuando, al abrir la puerta, encontró resistencia. En efecto, el granero estaba lleno de trigo por un milagro de la divina Providencia : de modo que, admirado Conón del prodigio, corrió en busca del santo abad, pidiéndole perdón de su desconfianza y desobediencia.

El mismo Juan Mosch habla de otros dos Estilitas de Cilicia, que no vivian muy distantes el uno del otro. Uno de ellos era buen católico, y el otro seguia la herejía de Severo. Este que hacia mucho tiempo que se hallaba sobre su columna, creyó que su ancianidad le daba derecho sobre el otro, y le envió un emisario reprendiéndole porque no pensaba como él. El católico le pidió un dia que le enviase parte de la hostia con que comulgaba, á lo cual accedió inmediatamente, creyendo haberle ganado para su secta. Pero cuando recibió el pan, lo echó en una caldera de agua hirviendo, en la cual quedó enteramente disuelto. En seguida tomando una particula de la sagrada Eucaris-



tía consagrada en la Iglesia católica, la puso en la misma caldera, y notó que estaba frío el sitio en que puso la hostia, y que ésta permaneció entera y sin humedecerse. Juan Mosch añade que conservó esta hostia como testimonio del milagro, y que la mostraba á todos los que iban á visitarle.

A mediados del siglo sexto, hubo otros muchos solitarios que, á ejemplo de san Simeón el jóven, vivieron en columnas, así como éste había imitado al primer santo Estilita. Puede verse la relación de ellos en las notas puestas por Assemani al fin de las *Actas de los Mártires*, en donde inserta también la vida de san Simeón primer Estilita.

---

DISCIPULOS, MONASTERIO Y DOCTRINA  
ESPIRITUAL DE SAN SIMEON EL JOVEN, ELOGIO  
DE SU BIENAVENTURADA MADRE

Preciso es distinguir tres épocas en la vida de san Simeón, siendo la primera la que pasó bajo la dirección del abad Juan, la segunda desde la muerte de éste hasta que pasó á la montaña admirable, y la tercera hasta el fin de su vida. Con esta distinción se entenderá mejor lo que digamos acerca de sus discípulos, de sus monasterios y de su doctrina espiritual. Durante el tiempo que vivió el abad Juan, no dejó Simeón de ser su discípulo; pero se distinguió por su santidad, por su penitencia extraordinaria y por sus prodigios, que le dieron cierta superioridad sobre los demás religiosos, así como por el don de sabiduría con que Dios le había favorecido para hablar de las cosas divi-

nas y por el profundo conocimiento que adquirió de los deberes religiosos, que le hacía aparecer cual un anciano consumado en la vida ascética. Por esta razón le obligó en varias ocasiones su superior á que dirigiese su palabra á los demás religiosos, y aún estos mismos pedían al abad que se lo mandase. Pero tanto ó más que sus palabras debe admirarse el que, léjos de sentir los estímulos de la vana gloria por el deseo de oírle que demostraban sus hermanos, lo cual es un poderoso motivo de tentación para toda clase de personas y sobre todo para un jóven, léjos, digo, de sentir los estímulos de la vana gloria, se hallaba penetrado de un sentimiento tan bajo de sí mismo, que se consideraba como un ignorante desprovisto de virtud y de talento, y que no debiera abrir su boca sino para pedir perdón de sus pecados.

Un día, pues, en que estaban reunidos todos los religiosos, y se le ordenó que les dirigiese la palabra, les dijo: « Cuando el Señor creó al hombre, le dió la razón para que le sirviese de guía, y para que pudiese discernir lo que debía rechazar ó admitir, á fin de que no se excusase con la falta de luz y de discernimiento entre el bien y el mal. Habiendo, pues, recibido esta razón, si nos entregamos á los deseos desordenados, y nos hacemos esclavos de ellos en lugar de rechazarlos con toda la fuerza de nuestro corazón, desmentimos la santidad del estado que hemos abrazado, tanto al recibir el santo bautismo, como al vestir en presencia de los ángeles el hábito religioso. Es verdad que llevamos dentro de nosotros mismos el peso de la concupiscencia; pero para contrarestar cualquier vicio á que nos incite, ya sea la cólera, ya el amor propio, ya la gula, etc., tenemos la conciencia que debe dirigirnos é inclinarnos á las virtudes contrarias. Consideremos que nuestro Señor Jesucristo nos ha enseñado que hay dos caminos: uno estrecho y sembrado de espinas que conduce